

LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN EUROPA

Los partidos socialdemócratas europeos tienden a presuponer que los momentos de crisis económica son tiempo de dificultad para la sociedad pero de oportunidad política para ellos. Lo que subyace a esta asunción es que los europeos, en un ambiente de inseguridad, se vuelven hacia el Estado en búsqueda de protección: intervención económica, gasto público, protección social, e inversión en infraestructuras para crear o mantener empleos. En esta percepción, el papel ampliado que otorgan las sociedades europeas al Estado en momentos de crisis es necesariamente equivalente al apoyo electoral a la “socialdemocracia”. Esto es, los socialdemócratas esperan que los europeos, en tiempos de crisis, prefieran que la receta keynesiana la administren ellos. Pero al revés de lo que anunciaba esta expectativa, la crisis de 2008 en Europa no vino acompañada de un mayor apoyo a la socialdemocracia.

De hecho, lo que ocurrió fue exactamente lo contrario: la socialdemocracia europea sufre desde entonces un declive electoral sin precedentes. El colapso del partido fundador de la socialdemocracia, el SPD (Partido

Ángel Rivero, profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid

Socialdemócrata Alemán) en las elecciones de 2009, fue visto como el al-dabonazo que anunciaba la decadencia, de modo que el pánico electoral se extendió entre los socialdemócratas por toda Europa. No les faltaban motivos, de entre los países que conforman la Unión Europea, apenas tres tienen aún Gobiernos puramente socialdemócratas: España, Portugal y Grecia.

El número es pequeño y las perspectivas poco prometedoras: Gordon Brown, primer ministro laborista británico, perdió las elecciones del 6 de mayo de 2010 frente al conservador David Cameron. El que a este último le faltaran 19 escaños para gobernar con mayoría, no esconde la pérdida de casi 90 escaños por parte del Partido Laborista. El Gobierno de los conservadores en coalición con los liberal-demócratas muestra a las claras que el experimento de 13 años de Nuevo Laborismo parece definitivamente zanjado.

Por su parte, Zapatero y Sócrates gobiernan en minoría y su apoyo popular mengua cada día ante una situación económica que no parecen dominar y que coloca a estos países bajo la tutela económica de la Unión Europea. En Portugal y en España, la socialdemocracia no proporciona seguridad sino incertidumbre en casa y en el exterior.

De modo que sólo Grecia, en una situación económica desesperada, legado de los Gobiernos anteriores, se ha dirigido a la izquierda en las elecciones de octubre de 2009, otorgando una mayoría parlamentaria al PASOK de Papandreu.

En suma, hay fundamentos para la preocupación electoral de la socialdemocracia europea porque sólo Grecia ha votado recientemente socialdemócrata. Pero tampoco parece éste un caso que mueva al optimismo socialdemócrata, porque la izquierda griega no parece muy feliz con la política del Gobierno destinada a sacar al país de la bancarrota.

Cierto es que la socialdemocracia, a pesar de todo, ha querido ver brotes verdes en las elecciones regionales francesas, que concedieron a la izquierda la mayoría de los consejos regionales, o en las más recientes

alemanas de Renania del Norte-Westfalia, del 9 de mayo de 2010, donde la CDU de Merkel ha recibido un severo castigo que hace imposible que pueda reeditar su Gobierno con los liberales. Es más, significa también la pérdida de la mayoría en la Cámara Alta alemana (*Bundesrat*) lo que dificultará la aprobación de sus iniciativas legislativas.

Sin embargo, y a pesar de que los socialdemócratas han anunciado estas elecciones como la vuelta del SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), las cosas no resultan tan claras. El Partido Socialdemócrata, lejos de ganar, ha perdido votos y está muy lejos de la hegemonía histórica que gozó hasta 2005. De hecho, el formar una coalición de gobierno se presenta complejo dado que tendría que hacerlo con los Verdes y con una fuerza política nueva en este *Land*, *Die Linke*, el partido de la izquierda, que compite en populismo con el SPD. En cualquier caso, las elecciones en este *Land*, el más poblado de Alemania, tienen un valor simbólico importante puesto que fue precisamente aquí donde se fraguó la llegada de Merkel al poder. Que esto sea un aviso para Merkel ciertamente tiene sentido. Pero que los socialdemócratas lo interpreten como una recuperación resulta más difícil.

LA CRISIS Y LA SOCIALDEMOCRACIA

En el año 2008 estalló una crisis sin precedentes del capitalismo financiero que alcanzó todos los rincones del planeta y, en particular, a las economías occidentales: el crecimiento se estancó e inmediatamente vino la recesión acompañada del desempleo. Pero la crisis no sólo afectó a la realidad material de millones de personas. Con la crisis también sobrevino la quiebra del paradigma neoliberal en economía, que había sido hegemónico durante dos décadas. Tras años de políticas desreguladoras y de defensa del mercado libre como la panacea, los Gobiernos de EE.UU y de Europa, de izquierdas, o de derechas, se lanzaron a las nacionalizaciones de bancos, a las ayudas a las empresas en apuros, a la petición de una mayor regulación de los sistemas financieros y al desarrollo de onerosos planes de estímulo económico. La crisis barrió en muy poco tiempo el optimismo de dos décadas de celebración capitalista y con el agostamiento del optimismo quedó en entredicho la ideología que lo había acompañado.

Pero la crisis de 2008 no fue sólo la crisis del capitalismo financiero y de la ideología neoliberal, sino que señaló también la crisis de la socialdemocracia. Esa crisis encuentra su plasmación en el radical declive electoral de los partidos socialdemócratas, que pasaron de ocupar once Gobiernos de la UE 15 en 2000, a ocupar, no sin dificultades, cuatro en la UE 27 en 2009. El que los socialdemócratas pierdan el gobierno al ser responsabilizados por la mala situación económica no tendría nada de particular habida cuenta la hegemonía que habían ostentado en la década anterior. Sin embargo, esta crisis electoral, explicable por las razones antedichas, se convirtió enseguida en una crisis existencial. Desde finales de 2008, la prensa “progresista” vinculada a los partidos socialdemócratas o a *think thanks* afines a dichos partidos comenzó a publicar gran cantidad de artículos con títulos agónicos como “¿La muerte de la socialdemocracia en Europa?”; “¿Tiene futuro la socialdemocracia Europea?”; “La crisis de la izquierda democrática en Europa”, etcétera (vid. Liddle, Taylor, MacShane).

Ciertamente la perspectiva de un declive imparable en el apoyo electoral puede explicar este clima de ansiedad de la socialdemocracia europea. Sin embargo, hay algo más en todo este debate. La ansiedad no proviene sólo de la pérdida de las regalías del ejercicio del poder. La ansiedad proviene de que la socialdemocracia siente que carece, por primera vez en su historia, de unos principios firmes que la posicionen frente a los electores. Esto es, la socialdemocracia se ha desdibujado hasta hacerse invisible, no tiene posición que la identifique. Esto significa que la crisis de la socialdemocracia europea no sólo es electoral sino de ideas y de identidad; es también una crisis ideológica.

Así pues, para abordar el examen de esa crisis ideológica, lo primero que haré será elucidar qué es o qué ha sido la socialdemocracia ideológicamente. Resulta interesante que los partidos socialdemócratas europeos se definan como progresistas al tiempo que hacen alarde de su antigüedad. Un partido que se define como progresista parece denotar que busca la realización del proyecto de una sociedad futura alternativa a la presente. Sin embargo, los partidos socialdemócratas europeos no tienen tal propuesta alternativa. Es más, como receta más socorrida para la crisis han hecho un llamado a la vuelta al modelo de la Europa de posguerra (vid.

Liddle, Bos, Paramio). Para ello han acuñado la paradójica expresión “vuelta al futuro”. Con ella señalan que para que la socialdemocracia vuelva a tener viabilidad electoral, debería volver a sus raíces.

SOCIALISMO Y SOCIALDEMOCRACIA

Estas raíces se hunden con profundidad en el pasado y explican muchas de las reacciones ante la crisis económica de la socialdemocracia. Pero también revelan problemas de la socialdemocracia con su tradición intelectual. Así, para algunos la socialdemocracia tiene nada menos que 150 años y con ello remiten a la historia de la socialdemocracia en Alemania. El Partido Social Demócrata Alemán fue fundado en 1875, tras la fusión de dos partidos obreros, en 1890 se rebautizó con su denominación “socialdemócrata” que ahora ostenta pero realmente siguió siendo ideológicamente un partido socialista, y no socialdemócrata, hasta 1959 (Congreso de Bad Godesberg): un partido se hace socialdemócrata cuando abandona la ideología socialista. La distinción entre socialismo y socialdemocracia es importante.

Los partidos socialistas, fundados en la segunda mitad del siglo XIX, eran partidos revolucionarios (buscaban romper radicalmente e incluso violentamente con el orden establecido); de clase (representaban exclusivamente a los trabajadores o proletariado); anticapitalistas (buscaban sustituir la economía de mercado por una economía colectivista); eran anti-individualistas (tachaban como burgueses los derechos de ciudadanía); y eran movimientos antipolíticos (buscaban una revolución social que se llevara por delante el Estado, la democracia y todas las instituciones burguesas. La política, la gestión negociada del conflicto, es propia de las sociedades de clases. En una sociedad igualitaria, el resultado de la revolución social, la política será innecesaria).

El programa ideológico del socialismo europeo se atemperó con el cambio de siglo en lo referente a los medios para alcanzar una sociedad *justa*, de modo que se produjo un cisma entre Occidente y Oriente. Resulta difícil señalar quiénes eran los cismáticos y quiénes los ortodoxos, pero el

punto de desacuerdo básico es que el socialismo occidental estableció dos puntos que lo separaron del programa comunista de la Revolución rusa de 1917: 1) que la toma del poder se haría utilizando la democracia burguesa; 2) que el socialismo se alcanzaría como el resultado de la voluntad mayoritaria del pueblo y no por la imposición totalitaria de un partido de “vanguardia”.

En general, la Revolución rusa, y la creación del *Comintern*, la internacional comunista fundada en 1919 y que intentó (y en muchos casos logró) instrumentalizar los partidos socialistas en apoyo de la Unión Soviética, impulsaron, por reacción negativa, la transformación de los partidos socialistas de Europa occidental en partidos socialdemócratas. Pero no siempre fue así y los movimientos socialistas más atrasados dieron lugar a los “partidos socialistas unificados” bajo el patrocinio de Moscú. En suma, que la ortodoxia comunista generó una modernización, en el sentido de la democracia de los partidos socialistas de la Europa occidental. Es aquí donde se encuentra la raíz de la socialdemocracia.

Los partidos socialdemócratas son muy distintos ideológicamente de los socialistas. De hecho si los partidos socialistas son partidos ideológicos, en el sentido de que tienen como programa un sistema de ideas abstractas que quieren llevar a la práctica por medios políticos o mediante su imposición autoritaria a la sociedad, los partidos socialdemócratas no tienen una ideología como sistema, sino más bien una orientación ideológica. Los partidos socialdemócratas abominan de la revolución, aceptan el capitalismo, han hecho de la democracia burguesa uno de sus ideales, defienden los derechos de los individuos, esto es, defienden en general lo mismo que todos los partidos democráticos. De modo que su seña de identidad doctrinaria es sobre todo de tipo moral: la simpatía y solidaridad con los pobres y con los excluidos de la sociedad, con los débiles y con los vulnerables. Así pues, son estas preocupaciones de tipo moral las que constituyen las señas de identidad, algo difusas ciertamente, de los partidos socialdemócratas.

Digo algo difusas porque esta preocupación moral no es privativa de la socialdemocracia, sino que también la encontramos en el conservadurismo

paternalista, en la democracia cristiana, y en todos los movimientos políticos dirigidos a la reforma social. De hecho, donde no encontramos tales preocupaciones morales es en los partidos antihumanistas: fascistas; libertarios, comunistas, etc. Esto es, en partidos minoritarios, radicales, antipolíticos o antisistema.

Así pues, la verdadera diferencia ideológica de la socialdemocracia en relación a los otros partidos democráticos, con tradiciones intelectuales diferentes pero que participan de su preocupación moral, es que ésta tiene en su trastero ideológico el (llamémoslo así por razones que luego apuntaré) muerto del socialismo. Es decir, en su narración de identidad los socialdemócratas se ven a sí mismos como herederos del socialismo y de ahí sus banderas rojas, su pasión por el culto a la personalidad, los desfiles obreros o manifestaciones, los puños en alto y *La Internacional*. En el terreno simbólico se identifican con el socialismo, aunque en el terreno ideológico estén en la heterodoxia.

LA NOVEDAD DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Es esta heterodoxia la que no es tan antigua. La socialdemocracia es muy reciente. El SPD es un partido socialdemócrata, ideológicamente, como señalé, desde 1959. De hecho, los únicos partidos socialdemócratas con una trayectoria democrática intachable serían el Partido Laborista británico y el Partido Socialdemócrata sueco. Son los únicos que desde su nacimiento aceptaron el gradualismo, esto es, el juego democrático, como instrumento de reforma social (los partidos socialistas, por el contrario, sólo se acercaron a la democracia instrumentalmente, para la toma del poder, pero no formaba parte de su ideario). El Partido Laborista británico fue fundado en 1900 (un partido nuevo para un siglo nuevo) por los sindicatos que apoyaban hasta entonces al Partido Liberal. En este sentido sindical, el Partido Laborista pudiera parecer semejante a los partidos socialistas por su base obrera, pero su historia es bien distinta: nunca fue un partido revolucionario y fue siempre gradualista en el contexto de una cultura política, la británica, que abandonó la revolución en el siglo XVII. También ha de señalarse que fue un partido tradicionalmente débil, que

alcanzó, de carambola, el poder político en 1924, y que sólo se convirtió en un partido de gobierno en 1945. Esto es, después de la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto al Partido Socialdemócrata sueco, fue fundado en 1889, y la crisis suscitada en 1917 a consecuencia de la Revolución rusa lo convirtió en un partido netamente democrático. Su historia es tan extraordinaria que merecería un tratamiento específico. Resulta interesante observar la democratización temprana de los partidos socialistas británico y sueco en el contexto de monarquías constitucionales-parlamentarias estables.

Si hablamos del Partido Socialista Obrero Español, tardó cien años, desde su fundación en 1879 hasta 1979, en pasar del socialismo a la socialdemocracia. Algunos todavía recordarán cómo bramaba en 1978 Alfonso Guerra, un dirigente histórico del socialismo español, cuando decía que él nunca sería socialdemócrata. También resulta interesante recordar cómo ese mismo año Manuel Fraga felicitó a Felipe González por su iniciativa de llevar al PSOE hacia la socialdemocracia con el argumento de que España necesitaba un partido de izquierda democrático.

Así pues, la socialdemocracia no es tan antigua, aunque tenga sus años. En Suecia tiene quizás 120 años; en Gran Bretaña, 110; en Alemania apenas tiene 50 y en España, 31. En Portugal, el partido del centro izquierda es el Partido Socialista y el partido del centro derecha, el Partido Social Demócrata: los dos son socialdemócratas.

Una de las cosas, sin duda la principal, que explica este paso del socialismo a la socialdemocracia es que no es lo mismo ser defensor de la sociedad perfecta que ser defensor de una dictadura brutal y aborrecible. Mientras no existió el socialismo real, los partidos socialistas pudieron contraponer un mito, la sociedad feliz, a la realidad muchas veces brutal y miserable que la Revolución industrial dibujó sobre los países más avanzados de Europa.

Cuando las miserias de las megalópolis urbanas, de las fábricas infectas, del trabajo esclavo industrial ya no se asociaron únicamente al capitalismo

sobrevenido con la modernidad sino que fueron la definición del socialismo real, lo que era utopía se convirtió en distopía, lo que era deseado frente a lo existente se convirtió en aquello que de la forma más elocuente hablaba del valor de lo que teníamos.

Así, a medida que se democratizaron las sociedades occidentales, en igual grado los partidos socialistas abandonaron su ideología y abrazaron la socialdemocracia. Es por esto por lo que en las sociedades con democracias estables más antiguas los partidos socialistas o no existieron o se convirtieron muy tempranamente en partidos socialdemócratas. Es más, algunos de los enemigos más furibundos del socialismo real fueron precisamente estos partidos.

Si la Revolución rusa inaugura un cambio radical de la percepción del socialismo en Europa occidental, de sueño a pesadilla, la Segunda Guerra Mundial ejemplifica con su catástrofe humana el resultado de la exasperación ideológica que atrapó a estas sociedades entre el comunismo y el fascismo. El final de la guerra señaló para las sociedades el inicio de un esfuerzo colectivo de superación de los conflictos ideológicos y de los problemas sociales que los habían alimentado. Se trataba, en concreto, de superar la lucha de clases. Esto es, de incorporar a los menos favorecidos a la sociedad mediante la intervención del Estado.

LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS Y EL MODELO DE POSGUERRA

Este afán de superación del conflicto social-ideológico creó el marco colectivo en el que se fraguó lo que se denominó “consenso de posguerra”, que significó en la práctica la aceptación por parte de todos los países de la Europa occidental democrática de un modelo en el que el bienestar de los ciudadanos era una de las obligaciones principales del Estado. Es importante señalar que este compromiso con las políticas de bienestar por parte del Estado no era privativo de ninguna ideología ni de ningún partido político, sino de todos los partidos políticamente representados en las democracias occidentales europeas. Es más, sus orígenes ideológicos están en el conservadurismo y el armonicismo social-cristiano y su lucha contra la división de la sociedad por el conflicto de clases. Evidentemente, los so-

cialistas (y comunistas) lo criticaron acerbamente como si se tratara de morfina para acabar con la lucha de clases y, por tanto, con el sueño de la revolución.

Para Gran Bretaña, el “consenso de posguerra” que crea el Estado de Bienestar abarca desde 1945, con la gran victoria del laborista Clement Attlee, hasta la elección de Margaret Thatcher como primera ministra en 1979. La victoria de los laboristas fue su primer verdadero éxito electoral en la historia y sus políticas sentaron las bases del Estado de Bienestar británico: economía mixta, servicio nacional de salud universal, prestaciones de desempleo, vivienda, etc.

Aunque ciertamente corresponde a Attlee el impulso político del Estado de Bienestar, sus mentores ideológicos fueron William Beveridge, diputado por el Partido Liberal, que lo diseñó en sus informes de 1942; y John Maynard Keynes, que creó el modelo económico para acabar con la crisis y el desempleo haciendo que el Estado gastara el dinero que no tenía, y que fue militante del Partido Liberal toda su vida.

Más aún, el modelo no sólo fue diseñado por liberales e implementado por laboristas, el modelo fue aceptado por el Partido Conservador en 1947, en su *Industrial Charter* y, lo que es más relevante, con la promesa de no modificarlo. Así, en los 34 años que estuvo vigente el consenso, casi dos tercios fueron de Gobiernos conservadores que mantuvieron el modelo.

Así pues, igual que en el resto de Europa (donde el impulso ejecutivo correspondió a los partidos demócrata-cristianos), el consenso de posguerra no es “la” política socialdemócrata sino “la” política del acuerdo transideológico. De hecho, Daniel Bell y otros muchos teorizaron sobre este acuerdo denominándolo el final de la política ideológica (vid. epílogo y postfacio, *The End of Ideology*): ya no hay conflicto ideológico porque liberales, socialistas y conservadores están de acuerdo en todo: el modelo político de la democracia liberal; la concepción de la ciudadanía: derechos civiles, políticos y sociales de los individuos; las obligaciones del Estado; la regulación del mercado por el Estado, etc. Las diferencias están en los matices, en el estilo.

Es importante señalar que este consenso de posguerra fue denominado también “consenso socialdemócrata” y esto merece una aclaración. Retrospectivamente, pudiera pensarse que las políticas desarrolladas en la posguerra europea eran propias de los partidos socialdemócratas. No era así. La denominación “social-demócrata” hace referencia no a una adscripción ideológica de partido sino a una política democrática liberal con preocupaciones sociales. (Vid. Seymour Martin Lipset, c. 13).

Ahora bien, el consenso de posguerra quebró cuando la crisis del petróleo de 1973 pulverizó el sustento económico del modelo keynesiano. Al bienestar de la Europa de posguerra siguió el malestar social y el deterioro industrial. Lo que se había concebido como un instrumento social de integración (un objetivo social sin duda conservador) dio paso a un malestar creciente donde la economía se hundía y el Estado engordaba en una política de nacionalización de pérdidas suicida, creando un gigantesco sector público, ineficiente, caótico y social y económicamente ruinoso.

MARGARET THATCHER Y EL FINAL DEL MODELO DE POSGUERRA

Se suele atribuir a Margaret Thatcher (primera ministra británica de 1979 a 1990) la voluntad deliberada de acabar con el consenso de posguerra e iniciar una oleada fanática de implacable liberalismo económico y de autoritario conservadurismo moral. Sin embargo, las cosas no fueron así. Thatcher no destruyó el Estado de Bienestar, sino que tuvo la valentía de enfrentar una situación de grave deterioro económico, social y político en el Reino Unido. James Callaghan, primer ministro laborista (1976-1979), que sucedió al dimitido Harold Wilson, fue incapaz, cierto que en una situación de compleja minoría parlamentaria, de atajar todos los frentes de conflicto desatados en aquello que se llamaría el “invierno del descontento” (1978-1979). Así pues, es el invierno del descontento el que señala el final del modelo de posguerra. Murió por agotamiento y Thatcher llegó para reconstruir, no para destruir.

De modo que fueron la recesión, la crisis económica, el malestar social y el descontento en el Reino Unido los responsables del final del consenso de

posguerra y no un proyecto ideológico de fanatismo neoliberal. Son las ruinas de ese modelo las que franquean el paso al Gobierno de Margaret Thatcher con una promesa de orden, austeridad y de saneamiento de la economía británica. Por tanto, el consenso de posguerra no fue roto sino que se hundió con el cambio de la coyuntura económica internacional y con la exacerbación de las patologías keynesianas (patologías sociales y económicas).

Ahora bien, si en la crisis está la razón de la llegada de la Nueva Derecha al gobierno, eso no quiere decir que no abordaran la situación desde un ambicioso programa de ideas. El impulso ideológico de la Nueva Derecha thacherista se desplegó en dos planos distintos. En el económico, con la formulación de un llamado a la vuelta a la economía liberal clásica, y de ahí que se denominara neoliberalismo. Se trataba de que el mercado, y no el Estado, fuera la principal institución organizadora de la economía. El otro plano de impulso ideológico fue el moral, con el llamado a una vuelta a los valores (*back to values*) tradicionales, esto es, a aquellos principios compartidos que permiten el funcionamiento autónomo de la sociedad. La lección principal era que la integración de la sociedad no la realiza el Estado (una sociedad dependiente del Estado no es una sociedad integrada sino enferma) sino los individuos. De ahí la famosa frase de Thatcher: “la sociedad no existe, sólo existen los individuos y las familias”.

Así fue como se gestó el neoliberalismo como política económica conservadora y tuvo un éxito impresionante en el saneamiento de Gran Bretaña. Ese éxito económico y social tuvo su reflejo en el éxito electoral que dio lugar a once años de Gobierno de Thatcher interrumpidos no por la derrota electoral, sino por una revuelta del Partido Conservador (John Major, su sucesor como primer ministro y conservador también, aún gobernó de 1990 a 1997 con el mayor apoyo electoral jamás cosechado por el Partido Conservador). El mensaje de esta Nueva Derecha era muy sencillo: el Estado no debe ser el responsable del bienestar de los individuos; los individuos han de ser responsables de su propio bienestar. Así pues, el valor central del nuevo discurso ideológico conservador era el de devolver a la sociedad la responsabilidad de su cuidado. La hegemonía conservadora duró dieciocho años. Suficientes como para cambiar radicalmente la cultura política del país. El consenso de posguerra quedó pues muy lejos.

En este contexto de hegemonía conservadora, resultado del fin patológico del modelo de posguerra, ocurrió algo absolutamente crucial para la política europea y mundial. En 1989 comenzó el derrumbe del socialismo real, no por derrota frente a un enemigo externo sino por implosión. Evidentemente, este colapso del socialismo tuvo consecuencias ideológicas, muchas de ellas exploradas por Fukuyama en su célebre artículo “El fin de la historia”. La más evidente es que el socialismo dejó de ser una alternativa a las democracias liberales y, no menos importante, el socialismo pasó a significar el fracaso histórico, brutal e inapelable, de un experimento social sin precedentes. Pero además, ocurrió otra cosa interesante en el plano ideológico. El derrumbe del socialismo arrastró a los socialdemócratas: el cadáver del socialismo, que la socialdemocracia tenía en el trastero, se convirtió en un muerto muy pesado.

LA “TERCERA VÍA” Y LA MODERNIZACIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Es en este contexto de hegemonía liberal-conservadora en el que se producirá un proyecto muy ambicioso de “modernización” de la socialdemocracia, de la mano de Tony Blair, en el terreno político, y de Anthony Giddens, en el ideológico, y que se llamará “Tercera Vía”. Esa Tercera Vía buscaba para la socialdemocracia un camino nuevo entre dos alternativas rechazables: el neoliberalismo conservador (que lejos de integrar la sociedad se veía como un instrumento de desintegración capitalista) y la socialdemocracia estatista (que estaba vinculada al naufragio del modelo de posguerra en el invierno del descontento de 1978-1979 y, peor aún, al socialismo real, con el que se sentía vinculada de forma simbólica en la iconografía de la izquierda y de forma determinante, debido a la dependencia de los sindicatos). Va de suyo que otras ideologías, más allá de las dos mencionadas, no merecían ningún tipo de consideración.

El proyecto de Blair significó en la práctica una refundación del Partido Laborista (ahora *New Labour*) y un realineamiento ideológico como partido “centrista”, heredero del progresismo del liberalismo decimonónico inglés (*modern liberalism*), esto es, del liberalismo de la reforma social.

En la práctica, en relación a la posición establecida por la Nueva Derecha thatcherista, esto significaba: la aceptación sin ambages del mercado como principal institución económica (igual que la Nueva Derecha), la descentralización política (*devolution*) frente al centralismo desarrollado por Thatcher, y, sobre todo, la afirmación en el plano de la libertad moral de una posición netamente liberal (individualista) y, en el plano de la moral social, una defensa del concepto de justicia social como instrumento de orientación ideológica que el Estado debe realizar apoyando a los individuos (e. g., facilitando su acceso a la educación) pero no (como en la tradición socialdemócrata estatista) realizando desde el Estado la igualdad social.

El 1º de mayo de 1997 los laboristas volvieron al gobierno en Gran Bretaña con la mayor victoria de su historia. Trece años han durado en el gobierno, hasta la reciente dimisión de Gordon Brown y la formación por Cameron y Clegg de una coalición con mayoría parlamentaria. En cualquier caso, ha sido el mayor periodo continuado de Gobierno del Partido Laborista en toda la historia del Reino Unido.

Así pues, desde el punto de vista electoral, el proyecto de modernización de la socialdemocracia realizado por Blair no puede sino calificarse de éxito. En otro sitio he señalado que el proyecto estaba fundado en unas bases muy sólidas (vid. Rivero). Esto es, era resultado de un estudio minucioso de la sociedad británica y de sus problemas, y esto quiere decir que no era un mero discurso electoral sino un proyecto serio de gobierno y de reforma económica, institucional y social del país.

Resulta interesante constatar que el triunfo de la Tercera Vía no entusiasmó necesariamente a la socialdemocracia europea. Después de estar un siglo cantando *La Internacional*, puño en alto, con pañoleta y haciendo del obrero el nuevo hombre y de la chimenea de la fábrica la atalaya desde la que avizorar el progreso, que los laboristas británicos les dijeran que la modernización de la socialdemocracia consistía en la profundización en el liberalismo resultaba una pócima demasiado amarga. Tan amarga como que durante cien años se habían repetido que la sociedad ideal emergería de las ruinas del liberalismo. De ahí que hasta autores como Paramio, que

tiene una visión equilibrada de la historia de la socialdemocracia, y que no parece entusiasmado con la vuelta al populismo aunque lo practique, diga cosas como que la Tercera Vía tenía “escaso contenido teórico y político”, etc. Esto es, que aunque en el plano económico los socialdemócratas aceptaron la hegemonía liberal, en el plano ideológico muchos de los partidos socialdemócratas europeos prefirieron vivir en la paradoja de un socialismo capitalista.

De modo que la socialdemocracia se dividió en dos: los modernizadores que hicieron suya la ideología de la Tercera Vía y alcanzaron el éxito electoral (New Labour, SPD de Schröder, etc.); y los conservadores, que siguieron arrastrando el viejo socialismo, condenándose más y más a la marginalidad electoral y al anacronismo ideológico y discursivo (PSF, PSI, etc.). Unos se desembarazaron del socialismo y los otros se aferraron a él dispuestos a hundirse. Eso sí, como he señalado, todos los partidos socialdemócratas europeos en el gobierno (hicieran suyo o no el discurso de la Tercera Vía) abandonaron el ineficiente estatismo socialdemócrata y privatizaron, desregularon y modernizaron sus economías. El caso del PSOE es interesante porque Felipe González es quien convierte al partido en un partido de gobierno socialdemócrata como secretario general, y es también quien realiza la política modernizadora de la nueva socialdemocracia desde el gobierno. Cosa distinta es que el partido no integrara en su ideología su práctica de gobierno de los años ochenta. Esto puede explicar su entusiasmo presente por la vuelta al populismo, no sólo en el discurso público sino, lo que es peor, en la acción del Gobierno actual.

LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA Y LA VUELTA AL POPULISMO

Así es como llegamos a la crisis económica de 2008 y a los sucesivos batrazos electorales de la socialdemocracia europea. La ansiedad socialdemócrata radica en que después de abandonar, ya hemos visto que no hace tanto tiempo, el estatismo por el mercado, se produce presuntamente el quiliasma profetizado por sus padres fundadores socialistas: la gran crisis del capitalismo que empujará la sociedad irremisiblemente en dirección

del soñado futuro del socialismo. Al parecer, ahora sí, el capitalismo agoniza y ha llegado la hora de cosechar la siembra de la justicia social. El viejo guión socialista continuaba diciendo que el pueblo, iluminado en su conciencia de clase por el gran acontecimiento de la crisis del capitalismo, les recompensará electoralmente y castigaría a los partidos defensores de las clases dominantes negándoles su apoyo.

Sin embargo, los europeos, en lugar de castigar a la derecha, les castigan a ellos; en lugar de votarles como paladines de la lucha contra el capitalismo, los hacen responsables de la crisis y, o votan a la derecha buscando seguridad en la gestión de la crisis, o a los partidos de la extrema izquierda, a los comunistas y a sus franquicias electorales, buscando venganza de clase.

Así pues, los socialdemócratas europeos se encuentran en la tesitura de que la crisis traída por el capitalismo no se la pueden endosar electoralmente a la derecha; y de que la alternativa del socialismo como alternativa al capitalismo ya no es de su patrimonio, sino de los partidos situados a su izquierda. Como si hubieran estado jugando a las sillitas, los socialdemócratas se han encontrado con que son los únicos que no tienen asiento, están fuera del juego, porque frente a la crisis sólo hay dos recetas: las dolorosas reformas necesarias (una especialidad conservadora) o el populismo que habían abandonado.

Lamentablemente, los partidos socialdemócratas europeos no están dispuestos a aprovechar la crisis para profundizar en su modernización ideológica (esto es, en el proyecto de la Tercera Vía), sino que ansían regresar a sus orígenes socialistas, que muchos nunca llegaron a abandonar y que ha dado tan buenos réditos electorales a sus competidores situados a la izquierda. En suma, la socialdemocracia, así lo interpretan, se ha quedado descolocada porque no es creíble su crítica al capitalismo, puesto que es cómplice de las políticas liberales de las últimas décadas, ni tiene un discurso alternativo con el que enfrentar ideológicamente la crisis, porque su socialismo, que estaba en el armario, se percibe como falso y muerto, y además tampoco creen ya en él ellos mismos (les molesta mucho que les recuerden “La traición de la socialdemocracia”, vid. Astudillo y Paramio

para la defensa; y para los acusadores, Callinicos y Flores de Arcais). De modo que la manera en la que la socialdemocracia está gestionando su crisis de ansiedad ideológica es mediante un discurso reaccionario.

Los discursos reaccionarios son aquellos que van a remolque de la realidad, rechazándola y confrontándola con una situación pretérita que se pinta como una edad dorada. Así, el pensamiento reaccionario se origina típicamente a comienzos del siglo XIX, cuando los nostálgicos del Antiguo Régimen destruido por la Revolución francesa sostienen que a través del autoritarismo puede recrearse un pasado idealizado. No se puede.

El modelo del Estado del Bienestar derivado del consenso de posguerra no puede presentarse como la arcadia socialdemócrata a la que debemos regresar. Si finalizó no fue porque lo destruyeran los malvados empresarios, ni los capitalistas, ni los conservadores en un ataque de intoxicación ideológica neoliberal (quizás lo destruyeron los mineros galeses y otros trabajadores sindicados del sector público). El modelo de posguerra funcionó mientras duró, ahora las condiciones son otras.

Cuando la socialdemocracia hace un llamado al abandono de la Tercera Vía, está diciendo que hay que separarse de la derecha y que hay que hacer una política menos técnica y más emocional (Paramio, en el abrupto final de su librito, Bos y, sobre todo, Browne et al.). Esto es, hay que repetir que la culpa de la crisis es de la derecha, de los capitalistas y de los empresarios, y, frente a los malos, hay que mostrar empatía con los buenos: los trabajadores, los obreros, los desempleados. Esto es lo que denominan con franqueza populismo: la exacerbación del conflicto social como recurso electoral.

El populismo es una doctrina que sostiene que el pueblo tiene una sabiduría superior que el gobernante debe interpretar y convertir en acciones políticas. Los problemas del populismo son muchos y graves. El más obvio es que el político populista suspende su responsabilidad política y se la transfiere a un sujeto colectivo abstracto e irresponsable: el pueblo. Cuando este pueblo es una nación de ciudadanos como los EE.UU. con una cultura política liberal y un sistema constitucional federal, el popu-

lismo no es malo: *we the people* o *yes we can* apelan a un esfuerzo colectivo que infunde esperanza en tiempos de zozobra. Como aquí el pueblo son todos los miembros de una nación democrática, el discurso populista es integrador y socialmente constructivo.

Pero los asesores americanos del Center for American Progress, que han vendido a los socialdemócratas europeos que la receta para el éxito electoral es alejarse de la Tercera Vía y arrimarse al populismo, no han tenido en cuenta los problemas de traducción. En Europa el populismo no suena como en Norteamérica. Todo lo contrario. En Europa el populismo de derechas se dirige a un pueblo entendido como una nación orgánica, permanente, un sujeto colectivo que se ve amenazado por los forasteros, por los inmigrantes, y que, por tanto, una vez puesto en marcha, sirve para atizar la xenofobia y el racismo. Por su parte, el populismo de izquierdas entiende el pueblo como una clase social y su discurso es, nuevamente, el del conflicto y el de la fragmentación. Este populismo busca halagar al pueblo atacando a sus enemigos (el proverbial enemigo del pueblo): los empresarios, los capitalistas, los religiosos, los masones, o quien se ponga por delante.

El peligro del populismo es que es como un incendio que una vez prendido no se sabe cómo apagarlo. El populismo de izquierdas es la vuelta al socialismo y el abandono de la socialdemocracia, esto es, la vuelta a la política entendida como guerra de clases. Desde luego, no servirá para resolver la crisis económica, ni para preparar a la sociedad para las reformas necesarias; ni tan siquiera servirá para ganar elecciones. Los partidos de la extrema izquierda tienen un margen mayor para dedicarse al cultivo del populismo y van a socavar la pretensión socialdemócrata de reencontrarse con la clase obrera.

Para lo que sí servirá el populismo será para tener una política más hosca, más violenta y menos dirigida a la resolución de los verdaderos problemas de la sociedad. En suma, en Europa veremos una escalada verbal del conflicto ideológico a través de un estéril combate por buscar culpables traducible en réditos electorales, pero no veremos nada de un proyecto alternativo que puede convertirse en un proyecto colectivo con apoyo mayoritario.

La crisis de la socialdemocracia es tan profunda como irresoluble. Electoralmente, el populismo alentará la radicalización de la sociedad y el extremismo autoritario, sin garantías de triunfo para los partidos socialdemócratas que, en el mejor de los casos, habrán de aliarse con partidos antisistema para formar gobierno. En el terreno ideológico, la socialdemocracia desandarará su proceso de modernización para encontrarse con el discurso de clase del socialismo decimonónico, y la política como concierto se desvanecerá para dar paso a la lucha de clases. La principal víctima del populismo será la socialdemocracia y, como se dijo hace muchos años, las democracias necesitan partidos socialdemócratas.

PALABRAS CLAVE

Socialismo • Europa • Formas actuales de pensamiento antiliberal

RESUMEN

La socialdemocracia europea está amedrentada por la crisis económica y sufre una crisis de identidad partidaria y de discurso político. Como respuesta al declive electoral, la socialdemocracia europea está intentando cambiar su discurso político desembarazándose del discurso modernizador de la tercera vía e intentando regresar al "populismo". En este texto, quiero mostrar cómo esta vez la socialdemocracia europea no está preparada para gestionar ideológicamente la crisis económica y por qué el recurso al populismo está también condenado electoralmente.

ABSTRACT

European Social democracy is daunted by the economic crisis and in crisis of party identity and political discourse. As a response to electoral decline, European social democracy is trying to change their political discourse by dropping the modernizing discourse of the "Third Way" and to return to some sort of "Populism". In my paper I would like to show why, ideologically, European social democracy was unprepared this time to deal with economic crises; and also, I will like to show why the populist stance is doomed to electoral failure under present circumstances.

BIBLIOGRAFÍA

- Astudillo, Javier, y Paramio, Ludolfo** (2009) "Las dificultades de la socialdemocracia", *El País*, 06/11/2009.
- Bell, Daniel** (1988) *The End of Ideology*. Cambridge, Mss., Harvard University Press.
- Blair, Tony** (1998) *La Tercera Vía*. Madrid: El País-Aguilar. Prólogo de José Borrell. Presentación de Victoria Camps. Fundación Alternativas.
- Bos, Wouter** (2008) "Modernising social democracy: back to the future". 4 april 2008. Policy Network. <http://www.policy-network.org>
- Browne, Matt; Halpin, John, y Teixeira, Ruy** (2009) "The European Paradox", Center for American Progress, September. www.americanprogress.org.
- Callinicos, Alex** (2001) *Against the Third Way. An Anti-Capitalist Critique*. Cambridge: Polity.
- Flores de Arcais, Paolo** (2009) "La traición de la socialdemocracia", *El País*, 25/10/2009.
- Giddens, Anthony** (1998 [1994]) *Más allá de la izquierda y la derecha*. Madrid: Cátedra.
- Giddens, Anthony** (1998) *The Third Way. The Renewal of Social Democracy*. Cambridge: Polity. [Ed. española 1999: *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus.]
- Liddle, Roger** (2008) "Back to the Future. Social democracy will Only succeed where it demonstrates a credible Project for the future". 12 September 2008. Policy Network. <http://www.policy-network.org>
- Liddle, Roger** (2008) "Is this the death of social democracy in Europe?", *Public Policy Research*, September-November 2008, pp. 111-113.
- Lipset, Seymour Martin** (1981) *Political Man. The Social Bases of Politics*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- MacShane, Denis** (2009) "The crisis of the democratic left in Europe", *Progress. Labour Progressives*. www.progressonline.org.uk
- Mulas, Carlos y Browne, Matt** (2009) "Más allá de la Tercera Vía", *El Mundo*, 02/10/2010.
- Paramio, Ludolfo** (2009) *La socialdemocracia*. Madrid: La catarata.
- Paramio, Ludolfo** (2009) "La paradoja de la socialdemocracia", *El País*, 19/06/2009.
- Paramio, Ludolfo** (2009) "La socialdemocracia y la crisis", *Público*, 21/10/2009.
- Rivero, Ángel** (2002) *¿Es el postsocialismo una tercera vía para la socialdemocracia europea?* En Joan Antón, *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Barcelona, Ariel.
- Taylor, Robert** (2009) "Does European Social Democracy have a Future?", *Dissent*, <http://www.dissent-magazine.org>

LUIS DE GUINDOS

La encrucijada de la economía española

ANTONIO MORALES MOYA

Hispanismo y crisis de la identidad española

ÁNGEL RIVERO

La crisis de la socialdemocracia

GERARDO SERRANO • FRANK CENTRAL

La UE y la crisis del euro

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO

Exclusión o integración: alternativa trágica en España

GUILLERMO GRAÍÑO

La difícil fundamentación de la izquierda

JORGE DEL PALACIO

El PSOE y la cuestión nacional

EUGENIO NASARRE

La ruptura de la educación en Europa

JOSÉ CANOSA

La lucha por la energía nuclear

MAURICIO ROJAS

Los retos de la inmigración

CARMEN ISOLINA EGEA**IRENE CORREAS SOSA****JOSÉ MARÍA MARCO****ÁLVARO DE LA TORRE****MIRA MILOSEVICH****JUAN VELARDE**